

pia conservacion á la del asesino. Pues bien, la sociedad, que es una persona moral, no hace otra cosa al imponer la pena de muerte á los grandes culpables, pues no tiene otros medios de salvacion que el de contener el crimen con la muerte de su enemigo, ni puede inspirar un terror eficaz sino por el rigor ejemplar del castigo. Por cruel que se le suponga, el cautiverio no puede ofrecer nunca á la imaginacion del desgraciado que está meditando un crimen una idea tan terrible como la de morir en el cadalso. «En último resultado, «dirá para sí, fortificándose en sus proyectos sanguinarios, conservaré la vida, y luego ¡cuántos hay que se escapan de las cárceles y de los presidios! Al fin me queda esta esperanza.» Al hombre apasionado le basta la ilusion: así es que se lanza al crimen, tomando su partido sobre la pena, particularmente cuando se halla sostenido por la esperanza de una evasion, siquiera sea tardía.

Dejemos, pues, suspendida la cuchilla de la ley dispuesta á caer; mas al propio tiempo procuremos disminuir en lo posible el número de estas ejecuciones sangrientas, mejorando las costumbres por medio de los principios y del cumplimiento de los deberes del Cristianismo. Filántropos, legisladores, humanitarios, jamás llegaréis á la solucion de vuestro gran problema de la pena de muerte.

CONFERENCIA XLVII.

LAS NOVELAS, EL BAILE Y LOS TEATROS.

EL TEÓL. Quiero evitaros la necesidad de dirigirme preguntas sobre el asunto de que vamos á tratar, y cuyos principios teológicos nos concretaremos á exponer sin pormenores y sin un exámen detenido. Bien debéis conocer que me refiero al sexto mandamiento, por el cual Dios prohíbe todo género de pecados contrarios á la virtud de castidad. Este precepto moral se infringe con pensamientos, deseos, palabras y acciones, que vamos á indicar haciendo uso del mismo texto de la sagrada Escritura, porque tal vez nuestras expresiones no serian bastante decorosas. *No fornicarás*¹. *No haya entre las hijas de Israel ninguna ramera, ni hombre fornicador entre los hijos de Israel*². *No queráis cegaros; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros... han de poseer el reino de Dios*³. *Tened esto bien entendi-*

¹ Exod. xx. — ² Deut. xxiii. — ³ I Cor. vi.

*do, que ningun fornicador, ó impúdico... será heredero del reino de Cristo*⁴. *Huid la fornicacion. Cualquier otro pecado que cometa el hombre está fuera del cuerpo; pero el que fornicá, contra su cuerpo peca. ¿Por ventura no sabeis que vuestros cuerpos son templos del Espiritu Santo que habita en vosotros*⁵? *La fornicacion y toda especie de impureza ó avaricia ni aun se nombre entre vosotros, ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas*⁶.

En la conferencia XXI vimos que hay pecados puramente internos que se cometen por el pensamiento y el deseo. Esta es la materia en que el hombre se ve mas expuesto á hacerse culpable de semejantes faltas del corazon y de la inteligencia, por medio de la delectacion morosa y los deseos de impureza, pues la Escritura nos dice: *Los pensamientos perversos apartan de Dios*⁷. *Abominables son al Señor los malos pensamientos*⁸. *Hice pacto con mis ojos de ni siquiera pensar en una virgen*⁹. *Habéis oido que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo mas: cualquiera que mirare á una mujer con mal deseo hácia ella, ya adulteró en su corazon*¹⁰. *Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada... Por la hermosura de la mujer muchos se han perdido, y por ella se enciende cual fuego la concupiscencia*¹¹.

Las faltas de lujuria son casi siempre mortales, aun habiendo materia leve, en razon del inminente peligro que acarrea de caer en otro pecado mas grave; y únicamente puede hacerlas veniales la inadvertencia ó la sorpresa por falta de consentimiento. No nos extendamos en un asunto tan triste y tan deshonesto para el hombre criado á imagen de Dios y destinado á vivir de su amor y á reinar con él en la patria de los Santos; pero no será inútil decir algunas palabras sobre los libros malos, los bailes y los teatros, que, como ya sabeis, son tres escollos sumamente peligrosos para las costumbres.

Libros hay de un libertinaje repugnante, que no es posible leer sin hallarse dispuesto á pevertir el corazon, á mancillar la fantasía y á alimentar el alma con los excrementos de la obscenidad. Los que leen estas obras infames, que circulan secretamente, lo hacen á hurtadillas, y por este solo hecho puede colegirse que tienen la conciencia de una accion vergonzosa; pero lo cierto es que no ofrecen á la sociedad un peligro comun, como los libros que ocultan con arte la corrupcion. El padre de familia, sin exceptuar á los que no son religiosos, no los deja nunca en poder de sus hijos: las muchachas se

¹ Ephes. v. — ² I Cor. vi. — ³ Ephes. v. — ⁴ Sap. i. — ⁵ Prov. xv. — ⁶ Job, xxxi. — ⁷ Matth. v. — ⁸ Eccli. ix.

deshonran con semejantes lecturas, y las familias delicadas rechazan estos escritos inmundos, ó los destruyen si vienen á sus manos.

No sucede lo propio con la mayor parte de las novelas, que por desgracia son tan numerosas en nuestros dias. El público las aguarda con impaciencia como un acontecimiento notable, las lee con entusiasmo, y aun hay quien se avergüenza de ignorarlas, como si fuera necesario haberlas leído y haberse empapado en ellas. Todos saborean sus emociones y las describen y comunican con una afición mas que literaria; las madres no las creen peligrosas para sus hijas, y en su concepto tales libros no son otra cosa que el cuadro de las costumbres de su tiempo, donde sus hijas pueden aprender á conocer el mundo, á formar su estilo y á adornar su inteligencia. Por lo demás, bien podeis juzgar de tan buenos resultados al considerar el gran número de personas cuyo juicio han falseado todas estas ficciones, que exaltan la imaginacion y sugieren ideas exageradas de todo. Las almas novelescas se hacen incapaces de una ocupacion seria ó de principios sólidos; mas en cambio ofrecen una fecundidad tan prodigiosa en extravagancias de estilo, de conversacion y de conducta, que esta misma fecundidad parece una locura mas ó menos intensa.

Sin embargo, el mayor peligro de las novelas y el inmenso daño que producen consisten en la corrupcion inevitable del corazon, pues ¿cómo es posible resistir en la edad de las pasiones á la seduccion reunida del asunto y del arte, tan conformes á las tendencias de una naturaleza viciada? ¡Cuántas madres hay de familia, cuántos maridos imprudentes que tienen que deplorar con harta frecuencia sus funestos ejemplos y su culpable cóndescendencia! Sus hijas y sus jóvenes esposas contraen el hábito de dedicarse á estas lecturas, que infiltran gota á gota el veneno en el alma, y así es que se apasionan por ellas, que su imaginacion se exalta, que les fastidia y repugna la vida pura y sencilla de la familia, y que adquieren la falsa necesidad de otra vida *de emociones vivas y profundas, la vida del corazon*, que así la llaman. Así se van identificando con estas ficciones novelescas, y así es como conciben el deseo de realizarlas para hacer como sus heroínas... ¡Y luego dirán por qué tan severos se muestran los ministros de la Religion contra semejantes lecturas! Si las prohíben con rigor es porque una fatal experiencia les ha demostrado que las novelas corrompen el corazon, falsean el ánimo, inspiran á los jóvenes cierto odio al cumplimiento de sus deberes, y con harta frecuencia introducen el desórden y el escándalo en el seno de las familias, en don-

de habia reinado hasta entonces el decoro, la paz y la felicidad...

¿Queremos saber ahora si el baile es malo de suyo, ó si es excusable siempre? Los moralistas cristianos responden que no es una cosa ni otra, pues hay casos en que los bailes modestos, celebrados en una reunion de familia y entre personas decentes, no ofrecen un peligro real de ofender á Dios. Deberán abstenerse de ellos los que por su medio podrian incurrir en pecado grave; mas aun cuando no basta con esta ocasion relativa y personal para interponer contra los bailes un veto general, y aun cuando haya en los mismos este carácter de decencia y de modestia, la prudencia nos aconseja que procuremos no aficionarnos á semejantes reuniones ni frecuentarlas mucho, sino tan solo cuando nos induce á verificarlo la posicion social, un motivo de diversion honesta ú otras consideraciones razonables.

Pero, ¿puede acaso decirse con verdad que así sucede actualmente en la mayor parte de los bailes, no solamente de las ciudades, sino tambien de los campos? Estos últimos, que suelen celebrarse en casas públicas, duran hasta la madrugada, y en ellos se echa de menos la presencia de los padres, que se ven excluidos por una especie de costumbre ó de prescripcion, para que no aparezca que ejercen una vigilancia inoportuna sobre sus hijos. Extraña seria la ilusion de los que creyeran de buena fe que en estas reuniones nocturnas no ocurre ningun desórden, y que se las permite como diversiones sencillas é inocentes. En las ciudades se celebran lo que llamais bailes de sociedad y bailes públicos; mas cuando estos lo son de máscara, las personas honestas deben abstenerse de ellos como de lugares de indecencia y de inmoralidad.

Aun los bailes públicos ordinarios ofrecen casi siempre graves peligros, en especial en las ciudades populosas, porque la publicidad introduce en ellos á ciertas personas que especulan con los lazos de la seduccion; de manera que los padres que estiman en algo su propio decoro y el honor de sus hijas no deben acompañarlas á semejantes reuniones.

Por lo que hace á los bailes de sociedad, compuestos de personas respetables, acaso no debiéramos condenarlos absolutamente, si se verificaran con arreglo á las leyes del pudor y de la ordinaria decencia; mas no es probable que se cumplan en ellos estas leyes si se atiende al licencioso traje con que los frecuentan las mujeres. Seguramente se avergonzarian de presentarse de la misma suerte en otro lugar cualquiera, si no es en el teatro y acaso en algunos salones donde no se impone la modestia como un deber; pero no se avergüen-

zan de hacer uso de semejantes trajes en un sarao, puesto que los consideran como una obligacion establecida por la costumbre para que se pueda tomar parte en el baile, cual si fuera un efecto de beatería ú objeto de censura el cumplimiento de todas las leyes de la decencia. Aun suponiendo que los concurrentes no lleven ninguna intencion siniestra ó criminal, ¿es posible hacerse ilusion sobre las consecuencias de tan culpable inmodestia? Algunos dicen que el baile mismo disminuye el peligro de estas reuniones, debiendo considerarse en cierto modo como un ejercicio corporal, que no da mucho espacio al alma para saborear el mal; pero vos, que sois hombre de mundo, sabeis todavía mejor que yo, que los bailes están muy lejos de tener en el día un carácter honesto y que ofrecen peligros aun mayores que la indecencia del traje.

No debe tampoco pasarse en silencio que las costumbres francesas han sufrido un cambio sensible á través de los acontecimientos que de medio siglo acá se agolpan al rededor de nosotros. Los jóvenes muestran en el día una gravedad precoz y una preocupacion que no deja de argüir cierto fondo de melancolía y de tristeza habitual, y así es que no son muchos los que concurren á los bailes para darse al único placer del ejercicio corporal¹. ¿Cuál es, pues, el atractivo seductor y poderoso que los atrae y retiene en ellos durante tan largas noches?...

Comencemos por hacer sobre los teatros las mismas observaciones que sobre los bailes, es decir, que no son esencialmente malos; de manera que no habria inconveniente ninguno en frecuentarlos si las composiciones que en ellos se representan estuviesen exentas de toda inmoralidad, y si las actrices y las espectadoras se atuvieran á las reglas de la modestia; pero antes de examinar si nuestros teatros reúnen estas condiciones de decencia, quiero que tengais noticia del concepto que merecia el teatro en general á los pueblos antiguos. «No admitimos en nuestra ciudad, dice Platon, la tragedia ni la comedia, porque esta poesía voluptuosa es por sí sola capaz de corromper á los hombres mas de bien. Excluimos de ella todo género de representaciones, porque no hay ninguna que no provoque la cólera, el amor ó alguna otra pasion².» Ovidio describe los teatros de Roma en estos términos: «¿Qué es lo que en ellos se ve, sino el crimen adornado con los mas hermosos colores? Una mujer que en-

¹ Mr. de Lacretelle dice en este punto que los jóvenes de nuestra época no bailan sino con cierta tristeza y compuncion. (*Test. F. y L.*)

² *De Repub.*

«gaña á su marido y se abandona á un amor adúltero. El padre y «los hijos, la madre y la hija, los graves senadores se complacen en «este espectáculo, satisfacen el placer de la vista con una escena im- «púdica, y escuchan ávidamente versos obscenos. Cuando la com- «posicion dramática está ajustada á las reglas del arte, retumba el «teatro en aplausos; y cuanto mas capaz es de corromper las costum- «bres, mayor es la recompensa del poeta. Los magistrados pagan á «peso de oro el crimen del autor¹.»

¿Por ventura no parece que estas descripciones lo son de lo que sucede en los teatros del día? Decidme tambien si son exactas, vos que vivís en medio de las sociedades mundanas y concurrís á los teatros: ¿Acaso se representan en ellos comedias mas inocentes que las de Molière? Oid los términos en que las juzgaba Bossuet: «¿Por qué «hemos de calificar de decentes las impiedades y las infamias de que «están plagadas las comedias de Molière?» Por lo que hace á las tragedias y á los dramas, ya sabeis lo que son actualmente, ya sabeis la falta de pudor y de velo con que se ponen en escena las pasiones mas peligrosas. Los Padres de la Iglesia han mostrado constantemente mucha severidad contra los cristianos que concurren á los teatros, «á donde no pueden asistir, decia san Agustin, sin ab- «jurar la Religion, sin violar la promesa que en el Bautismo han hecho de renunciar al demonio, á su pompa y á sus obras².»

¿Crecéis acaso que las siguientes palabras de san Juan pueden conciliarse con la frecuentacion de nuestros teatros? *A vosotros, padres, os escribo... os escribo á vosotros, ó mozos... No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida³.* ¿En dónde, pues, se excita mas vivamente la concupiscencia que en el teatro? ¿No es en el teatro donde se halla á las mujeres cuyos adornos provocan al libertinaje, que arrastran el corazon de los jóvenes, que los fascinan con la dulzura de sus palabras, y les hacen caer en sus lazos como se hace caer á un pájaro en los que se le tienden⁴?

¿Cómo deben calificarse estos bailes mas que licenciosos de la Ópera y de otros teatros? Los jóvenes mas habituados á estos espectáculos lúbricos los señalan como un escándalo público, y confiesan que es imposible presenciarlos sin mancharse la imaginacion y sin pervertirse el corazon.

Acaso dirán algunos que el teatro los deja insensibles, que no les

¹ *De Trist.* lib. 2. — ² *In Spect.* 80. — ³ *Ep.* I, II. — ⁴ *Prov.* VII.

causa ó acarrea ninguna impresion mala, y que por consiguiente no ofrece el teatro tantos peligros como se supone; mas esta consideracion demuestra una sola cosa, á saber, que tales personas, hombres ó mujeres, están estragadas ya por tales goces, y que á fuerza de corrupcion no experimentan sus emociones ordinarias; mas si es verdad que estas representaciones no las han sacado nunca de su insensibilidad natural, fuerza será reconocerlos como seres excepcionales, muy raros en su especie, de manera que no se los debe citar en prueba del pudor ni de la moralidad de los teatros del dia. Voy á manifestaros la opinion de Bossuet sobre los teatros, y luego podréis conocer si los moralistas cristianos son mas severos en la actualidad que en tiempo del célebre obispo de Meaux.

«Si la comedia no tiene por objeto lisonjear las pasiones que se califican de delicadas, pero que en el fondo son muy groseras, ¿cómo se explica que la edad en que son mas violentas es tambien la mas susceptible de la viveza de su expresion? Y ¿por qué es tan susceptible, dice san Agustin, sino porque en ella se ve y se siente la imágen, el atractivo, el pasto de las pasiones? Y esto, dice el mismo Santo², ¿es acaso otra cosa que una deplorable enfermedad de nuestro corazon? El espectador se reconoce á sí mismo en los que nos parecen como transportados por semejantes objetos, luego se considera en la tragedia como un actor secreto, contempla la imágen de su propia pasion, y la ficcion exterior es fria é insípida si no corresponde á alguna verdad interior. Por esto van creciendo estos placeres en una edad mas avanzada ó en una vida mas seria, á menos que se concite el agradable recuerdo de los verdades años, los mejores de la vida humana, ó que se consulten exclusivamente los sentidos, y que se despierte el entusiasmo de los mismos que nunca se extingue del todo.

«Si las pinturas immodestas presentan naturalmente al espíritu lo que expresan... ¿por ventura no deben conmover con mas eficacia las expresiones del teatro, donde todo parece real y verdadero, donde los actores no son un semblante muerto ó un color seco, sino personas vivas, verdaderos ojos entusiastas, ó liernos y apasionados, verdaderas lágrimas que arrancan otras no menos verdaderas á los espectadores, y por último verdaderos movimientos que agitan el patio y los palcos? ¿Me diréis que todo esto no conmueve sino de una manera indirecta, y que no excita las pasiones sino por accidente?

¹ Confess. 1, 3, c. 2. — ² De Catech. rud. n. 23, t. VI.

«No podeis decir que solo ofendan *por accidente* al pudor de una jóven los discursos que pronuncia una persona de su mismo sexo hablando de sus combates, reconociendo su derrota, y confesándola á su vencedor mismo, que así le llama. Lo que no se ve en el mundo... una jóven irá á verlo en la comedia... y esta confesion, que tanto ruboriza secretamente, se cree digna de ser revelada al público para excitar, como una nueva maravilla, los aplausos del teatro entero.

«¿No conoceis que hay ciertas cosas que sin surtir efectos notables introducen secretamente en los corazones una disposicion pésimas, aunque no siempre se declare desde luego su malignidad? El que alcance lo que es en el hombre cierto fondo de deleite sensual y no sé qué disposicion vaga é inquieta al placer de los sentidos, que á todo propende sin propender á nada, conocerá tambien el secreto origen de los mayores pecados. Hé aquí lo que sentia san Agustin en su primera y entusiasta juventud cuando decia: «Yo no amaba todavía, pero me complacia en amar. Buscaba, continúa, algun lazo para coger y ser cogido,» pareciéndole fastidiosa é insostenible la vida sin estas asechanzas: *Viam sine muscipulis*. Estando sembrado de lazos semejantes este mundo, acabó por ser cogido como deseaba; y entonces fue cuando pudo saborear el placer de la comedia, donde hallaba «la imágen de sus miserias, el amor y el pábulo de su fuego.» Su ejemplo y su doctrina nos dan á conocer los efectos de la comedia y la seguridad con que conserva esta secreta disposicion del corazon humano, sea que haya concebido ya el amor sensual, sea que no haya germinado todavía este pernicioso fruto.

«Cuando se censuran por peligrosas las comedias, los hombres del mundo dicen que no se les alcanza este peligro... No descuidan confesar que nada sienten, y yo doy perfectamente crédito á su palabra; porque si no tienen la conciencia de la depravacion que los sobrecoge ni cuentan el peso del agua que gravita sobre su cabeza, es precisamente por causa de su depravacion misma... No nos atengamos, pues, á los hombres mismos en cuanto á sus males ó á sus peligros, porque se los oculta la corrupcion, el error de su imaginacion ajada y su amor propio¹.»

Reasumamos esta conferencia, procurando formular una regla general de conducta sobre los bailes y los teatros. Si los consideramos en sí mismos y prescindiendo de lo que actualmente suelen ser, po-

¹ Máx. y Reflex. sobre la Com., t. XXXVII.

demos decir que en general ofrecen peligros, y así los fieles que quieren seguir las prácticas de la piedad no pueden concurrir á ellos sino en circunstancias raras y como por una necesidad de posición. En cuanto á los que tienen que cumplir los deberes esenciales del Cristianismo, á cada uno de ellos incumbe el cargo de examinar si en estas reuniones que se suponen honestas hay una ocasión próxima de caída; porque si el resultado del exámen es afirmativo, todos deberán abstenerse de concurrir al teatro. Mas si los bailes y los teatros ofrecen la inmoralidad que acabamos de indicar, *de manera que sea capaz de corromper los corazones mas puros*, nadie puede participar de estas diversiones inmorales ni con su dinero, ni con su presencia; y aun cuando no haya un peligro inminente de pecar, siempre resulta un mal ejemplo y un escándalo.

CONFERENCIA XLVIII.

EL DERECHO DE PROPIEDAD, EL ROBO Y EL PRÉSTAMO USURARIO.

EL DR. Puedo aseguraros que sé apreciar en lo que vale la delicadeza con que habeis procurado ahorrarme toda clase de preguntas en los puntos que acabais de discutir. Un hombre de mundo se siente torpe y embarazado cuando debe tratar en semejante materia con personas graves, puesto que ni puede defenderla ni aprobarla sin ofender el decoro y al propio tiempo su propia conciencia. Tampoco se considera con fuerzas suficientes para condenar directamente lo que sus pasiones le imponen y que no pocas veces le inducen á buscar; pero de mí sé decir que os he escuchado con mucha atención, de manera que con facilidad he podido reconocer la verdad de vuestros asertos sobre nuestras diversiones profanas. No temais haber exagerado los peligros que estas diversiones envuelven, pues son tan graves como creéis, y ¡ojalá que al avergonzarme de mi flaqueza tenga el valor necesario para curarlas radicalmente! Supongo que os habeis propuesto dedicar esta conferencia al séptimo mandamiento del Decálogo.

EL TEÓL. Harémos algunas consideraciones sobre este precepto, cuyo desarrollo seria verdaderamente inmenso si quisiéramos enlazarle con todas las cuestiones relativas á la justicia y á la restitución.

Comencemos por investigar en breves palabras si el derecho de propiedad existe¹. El mismo hecho consumado hace incontestable y manifiesto este derecho, pues en todos los pueblos se ha distinguido siempre entre lo tuyo y lo mio, de suerte que cada uno quiere que se respete su propiedad, y se obliga por consiguiente á respetar los bienes ajenos. La historia bíblica de los primeros tiempos no deja duda alguna sobre la existencia de este derecho, que vemos confirmado en la legislación de los judíos por las numerosas disposiciones que se leen en el Pentateuco y en los otros libros del mismo pueblo. La propiedad se ha respetado y conservado constantemente entre las naciones antiguas, si no es en Esparta, que hizo un ensayo efímero y poco feliz de una especie de comunismo popular; y desde luego se concibe que para sentirse predispuesto al trabajo y al desarrollo de su industria, el hombre necesita otro móvil diferente del interés general de la gran sociedad de que formaria parte, porque de lo contrario no dejaría de introducirse uno ú otro de los siguientes abusos, ó por mejor decir, entrambos á la vez, el despotismo con que los jefes gravitarían sobre el pueblo para obtener su trabajo diario, y la fatiga á que sucumbiría el hombre activo y laborioso para subvenir á las necesidades de la sociedad comun y á la manutención de los individuos desordenados y perezosos.

Prescindiendo de otros muchos inconvenientes que produciría de una manera inevitable una constitución semejante, ¿cuál seria la suerte de los niños? Ninguna propiedad podrán prepararles ni legarles los padres; y por consiguiente se verán en la necesidad de des-

¹ Para que se conozca la importancia capital de esta cuestión para los comunistas, vamos á transcribir este fragmento de su símbolo:

«Creo que la naturaleza no ha dividido sus hijos en castas, en corporaciones ó en categorías, y que tampoco ha destinado á los unos para que fuesen señores, gobernantes ó ricos, ni para que los otros fuesen esclavos, gobernados, pobres y agobiados bajo el peso del trabajo.

«Creo que la naturaleza ha creado cuanto existe sobre la tierra para todo el género humano, y todo para todos, de manera que á sus hijos les ha dado su herencia en comun, es decir, á cada uno de ellos igual derecho á la tierra y á todos sus productos.

«Creo que el único medio de poner fin á los males de la humanidad consiste en suprimir la aristocracia ó la desigualdad social y política, reemplazándola con la democracia ó igualdad.

«Creo que la institución de la propiedad ha sido un error y aun el mas funesto de todos los errores. Si se quiere poner un término á las desgracias de la humanidad, es preciso restablecer la comunidad de bienes¹»

¹ Por M. C.